
El camino hacia allá va por acá

José Calvo*

El historiador Hendrick Van Loon (Story of Mankind) decía que hay demasiados besamanos en este mundo; y es verdad. Pero no solo besamos la mano de las personas que adquieren preeminencia, besamos también la de las ideas, y por eso es sano un poco de irreverencia.

Oí hace poco a un periodista y excelente poeta español definiendo su actualidad así: "vivimos en una democracia, en un estado de derecho, y bajo la dictadura del mercado; que es, después de todo, la menos sangrienta de las dictaduras". La definió muy bien, y no se metió a enjuiciar si esto es bueno. Se refería a Europa, por supuesto, que es en estas cuestiones ahora una provincia de "América", como ellos llaman a los Estados Unidos. Nosotros vamos muy detrás, pero por el mismo camino: no hemos aceptado el nuevo dogma, ni hemos rechazado el antiguo, y no nos ponemos de acuerdo sobre el camino a seguir.

En honor a la verdad, también podríamos decir que hay un partido que adora al nuevo dios, y otro que sigue aferrado al antiguo. Al que después de todo fue, la más sangrienta de las dictaduras. Al que desperdió la promesa en su intento de enterrar a la sociedad de consumo mediante el absurdo procedimiento de competir con ella en armamentos, pues la potencia económica militar de ésta proviene, precisamente, de ser una sociedad de consumo, y no estamos diciendo si eso es algo bueno o algo malo, pero es cierto.

Un filósofo argentino de la reforma estructural dice que la separación de poderes y la democracia son productos americanos, digamos mejor yankees, y que llegaron a Europa a bordo de los tanques Sherman. A mí se me hace que ya hubo un intento de trasplante con Old Black Jack y la fuerza expedicionaria que les sacó las castañas del fuego a Francia y a Inglaterra; digamos al bando más democrático, o al menos despótico.

* José Calvo es agrónomo zamorano, B.S. y Master en Agronomía de la Universidad de Florida, y Ph.D. en Entomología de la misma universidad. Ha sido dirigente agrario en UPANACIONAL durante los últimos 17 años, y es ahora asesor del diputado Guido Vargas Artavia del Partido Acción Laborista Agrícola.

De ajuste, la separación de poderes no fue idea de Montesquieu sino de Locke, y se me hace que la cosa ya había empezado antes, cuando los nobles le hicieron firmar la carta a Juan Sin Tierra, aunque aquello no tenía aún mucho de democrático: era un pleito entre pares. Pero esto sí parece sustanciar la acusación de que el paradigma del libre mercado es de raza anglosajona.

Winston Churchill definió al régimen parlamentario igual que el poeta español: era una calamidad, pero, aun así, el mejor de los regímenes. Nosotros sabemos por su autobiografía la gran suspicacia que provocó entre sus aliados americanos la dudosa credencial democrática del lord inglés y La Gran Madre Blanca. Y también los efectos catastróficos de la ingenuidad democrática americana: la ocupación de Europa Oriental y la "pérdida" de China, y la guerra fría. Ya sabíamos que el camino del infierno está pavimentado de buenas intenciones.

Pero tratemos de volver al hilo. Fue la gigantesca capacidad productiva yankee lo que definió la guerra; sin quitar por esto méritos al espíritu de sacrificio y al valor de los ingleses y los rusos. Una vez que la maquinaria productiva americana alcanzó su zenit, ya no había nada que hacer para alemanes y japoneses. Y cuando se implementó el Plan Marshall, no fueron los materiales americanos lo que cambió a Europa, fue la tecnología.

Los europeos viajaron a los Estados Unidos a aprender a hacer las cosas, y hubo un corolario todavía más importante: aprendieron lo que es el mercado, quitaron sus restricciones comerciales que eran entonces como las que aún tenemos nosotros, y formaron su mercado común. Es desde aquella época que vienen empujando el Convenio General de Tarifas y Comercio. La promesa rusa perdió toda su relevancia con la bonanza de los otros; y con el fracaso en su propio patio. Ahora la promesa es que todos podemos

ser ricos, o como decía Deng Xiao Ping, heredero del Gran Timonel, "Es hermoso ser rico".

Y esto nos plantea otro problema, pues es evidente que uno es pobre sólo por comparación con el que tiene más, -" a los pobres siempre los tendréis con vosotros" - lo que podría moderarnos. Pero el paradigma del mercado está predicado en el crecimiento: 2 % por año e s estancamiento. Menos de 2% es recesión. Las empresas quiebran, no hay empleo. El régimen cae. Más de 10 % de crecimiento es excelente, y 15% como en China es una maravilla que todos tratamos de alcanzar.

El objetivo del paradigma es tener más y más.

¿Pero más por qué? Pues porque, como decía una cancioncilla ecuatoriana: "¿A quién no le va a gustar, tener una cosa buena?". Pero entonces, ¿por qué no tener dos cosas buenas? O tres...

El gurú de un curso de "metafísica americana " (por ahí va la cosa) nos aseguraba que el "pensamiento positivo "está detrás de la riqueza yankee, y que si pensamos con optimismo todos podemos llegar a tener un Mercedes Benz. Esto significa 3.000 millones de Mercedes Benz (solo para los adultos), y dejamos al lector cavilar sobre el número de toneladas de materiales necesarios para construirlos y mantenerlos; o sobre los procedimientos para desecharlos o reciclarlos. Añadamos que las Naciones Unidas lamentan que haya tantas regiones en el mundo con sólo un carro por mil habitantes, mientras que en los Estados Unidos tienen uno cada dos. Pero no nos adelantemos. Ahora estamos hablando de propósitos. Nuestras "necesidades" no se satisfacen con solo tener un Mercedes-Benz. Queremos dos, y también queremos una casa. Mejor una mansión. Y un yate, un avión, o pasajes frecuentes en uno. Y el hotel de cinco estrellas. Y ropa adecuada; es decir, de Soho, de Christian Dior o Balenciaga, o lo que sea que está más de moda. Y vamos a comernos el bistec en un restaurante donde cueste \$500. Un maicero sencillo como yo seguramente no puede citar las cosas verdaderamente buenas que se deben desear, por lo que supongo que la ambición expresada aquí es modesta. ¡Ah sí! un teléfono Iridium para restregárselo a todos. La justificación es que así te puedo llamar desde el polo.

Me consta que uno puede comprar las verduras en la feria por menos de la mitad de precio que en el Super.

Y sé que las de nuestro Super no pasarían jamás las especificaciones de un mercado gringo, donde se botan por una manchita, o porque no tienen el tamaño que exige la norma, lo cual constituye la cosa buena o que se dice buena: una barrera.

Pero antes de seguir por el camino de las barreras, y el del desperdicio que proviene de un gusto melindroso, hablemos un poco más del para qué. La cosa buena que le gustaba al autor del pasacalle ecuatoriano era una morena, y ese gusto lo compartimos, o lo hemos compartido, todos en alguna época de la vida; cuando lo determina el instinto, que es casi incuestionable. Pero el gusto por la mayor parte de las cosas que proporciona la sociedad de consumo es creado. A veces porque nos dejan por ahí una máquina de la que no queremos prescindir una vez habituados, pero la mayor parte de las veces porque nos lavan el cerebro. Cuando decimos que las leyes del mercado son la oferta y la demanda tenemos que admitir que ambas están manipuladas.

Sólo un arrinconamiento de la oferta nos proporciona un buen precio, y por eso es tan mal negocio producir alimentos; algo que hacemos más de 2.000 millones de productores, por lo que no podemos controlar nuestra oferta. Pero la demanda que activa el mercado no es espontánea, excepto tal vez la de comida, y la de morenas. Casi todas las demás es creada y como hemos dicho, ni siquiera por la conveniencia que experimentamos una vez que probamos el producto, sino creada por la publicidad, por el lavado de cerebro: Michael Jordan gana más por los anuncios de Nike que todos los operarios juntos que hacen esos zapatos en el tercer mundo. Y si esos fabricantes quieren vender los mismos zapatos con otra marca, por cinco dólares, nadie se los compra. Así de importante es la publicidad para la competitividad.

Admitamos de una vez por todas que la conveniencia puede venir de sólo restregarle el producto a los demás, como el teléfono celular. Cuando la policía los decomisa a quienes van hablando y conduciendo, resulta que la tercera parte eran de mentirillas. Estos son los más respetables; los otros, además del dudoso placer de ostentarlo, se la pasan hablando paja, pero eso es lo que les gusta.

Dicen que cuando las civilizaciones extraterrestres empiecen a recibir las emisiones de radio y televisión de la tierra, van a pensar muy mal de nosotros. Pues

espere usted a que empiecen a oír las conversaciones telefónicas, y especialmente las del celular. Ni siquiera van a gastar más plata en explorar nuestro nivel de inteligencia: nos tachan.

Volvamos a la manipulación de la demanda de que depende la mayor parte del consumo, empezando por los jabones con que la cosa empezó hace ya 200 años, y terminando... con las ideologías y los paradigmas. "Una mentira repetida muchas veces, se convierte en una verdad" decía el Dr. Goebels que era un genio en la publicidad política, donde la actividad se llama propaganda. Los comunistas la usaron muy eficazmente durante el breve espacio que duró su religión, pero una religión que no nos ofrece otra vida debe por lo menos ofrecernos algo atractivo en ésta, y allí tiene una enorme ventaja el capitalismo, porque entrega (it delivers). Los capitalistas jamás se contentarían con producir sólo cañones y bombas; ese es un mercado muy pequeñito. Lo atractivo es la sociedad de consumo. Una nación no puede "enterrar" a otra produciendo armamento porque eso no da el grado de crecimiento - ¿infinito? - que da nuestro deseo de chunches, ropas, viajes, diversiones, etc. Yo no sé si esto lo llegó a entender Khrushov, pero seguro que sí lo supo Breshnev, pues de otra manera no habría tomado esa decisión fatal desesperada de invadir Afganistán para proporcionarle actividad a una economía que cogió un callejón sin salida; pues como se vio luego con Gorbachov, la salida era la negación misma del sistema. Ya no era necesario ser rojo para no estar muerto. Era necesario no serlo.

No cantemos victoria con la conversión; allí todavía puede ocurrir "una que no sirve", y volveremos a la polaridad que quizá necesitemos para balancear la rueda de la historia. Tal vez recobremos la moderación y la cordura a expensas de aquellos, aunque sería mejor construirla al paradigma para que no se derrote solo, desorbitándose. Pero démosle lo suyo al paradigma y no nos hagamos ilusiones de que vaya a fracasar por incapacidad de tener éxito. Nada triunfa tanto como el éxito, según dicen, y lo único esperanzador, entonces, es que se puede tener demasiado éxito.

Cuando se les cayó el zapote a los mejicanos, la izquierda insistía en presentarlo como un fracaso del mercado, pero era un fracaso debido a su violación. ¿A quién se le va a ocurrir mantener el dólar a tres pesos

cuando la apertura comercial permite a todos ir a comprar en los Estados Unidos? Allí estará Soros como un zopilote esperando a quienes hacen eso para hacerles una corrida a su moneda.

Cuando vino la crisis del Sureste Asiático -que ahora es la crisis asiática, y que puede bien llegar a ser la crisis mundial - la izquierda le echaba en cara el fracaso al paradigma capitalista, cuando era otra vez el resultado de su violación. A Suharto no lo tumbó la revuelta por haber asesinado a unos cuantos universitarios de la clase alta. Lo tumbó esa fotografía en que aparece muy obediente firmando el propósito de enmienda, mientras Monsieur Camdessus lo espera impaciente con los brazos cruzados. Y Lee Kuan Yew tiene razón cuando alega que en esto nada tiene que ver la democracia. El estado de derecho sí. Ese es indispensable, y ese fue el que falló en Tailandia, Malasia e Indonesia: El chillillo, y para cualquiera. En Singapur no se tolera el relajo, y el paradigma se cumple puntualmente. Si Singapur también "se va en la tira", no será por su culpa. Allan Greenspan le acaba de decir al congreso americano que, por lo menos él no sabe qué se puede hacer para evitar la transferencia de capitales que aliviaría la crisis financiera mundial **-le monde va de lui même-**.

¡Pero el Sr. Rubin habla de balancear la globalización y la soberanía!

La única alternativa a la honradez es el colchón: si se ponen controles para sustituir a la honradez la plata se va al colchón empujada por la desconfianza y con grave perjuicio para todos.

No hablamos de libre movimiento de capitales porque ese sería aleatorio, sin ton ni son. El movimiento racional tiene que restringirse a un camino; uno de dos vías. Entre mejor sea el camino más exitoso es el movimiento. (Transparencia, rendición de cuentas, clima local, respeto a las leyes y compromisos, honradez, etc. En vez de corrupción, privilegio, amiguismo, clientelismo, nepotismo y turbidez). El pánico produce movimiento irracional y es provocado por la arbitrariedad y la desconfianza, y no tiene ningún sentido hablar de beneficio mutuo, todo beneficio es mutuo, el beneficio unilateral no existe— y eso cuenta también para las otras especies, si me sigue Ud.

Pero hay otras violaciones o aberraciones del paradigma que lo pueden llevar al traste si este no tuviera la sagacidad de corregirlas. Ya hemos hablado

de las 60.000 páginas de normas y regulaciones en la OMC. Si esto fuera transitorio, para poder inducir a los países a la apertura, pues se podría ignorar como contradicción flagrante. De otra manera, no tendremos mercado libre, sino comercio administrado (**managed trade**).

Admitamos que el rijo regulatorio es un fenómeno mundial que nació con el New Deal, y que es muy poco probable que esas legiones de profesionales reguladores se vayan a hacer a un lado como quiere el mercado libre; como requiere. Por otro lado, la concentración de la oferta que pone al comercio en manos de unas pocas transnacionales es monopolio; lo contrario de libre comercio. Y el fenómeno se acentúa: fusiones, "take overs", alianzas estratégicas, etc. De ajuste subyace en él un elemento nacionalista que no augura bien: Es para que no me tomen los extranjeros. La concentración lleva al desempleo. A la redundancia. De hecho, es para abaratar la producción que se hacen las fusiones, y también se hace por eso la automatización.

Es lógico que un mercado abierto es un sistema de vasos comunicantes y que eso sería beneficioso para los trabajadores de los países pobres y perjudicial para los países ricos. Pero esto se estorba mediante la cláusula social, (y la cláusula ambiental, y la cláusula cultural), y ahí hay una contradicción, pues el libre comercio no puede ser sólo para los bienes. Cuando importamos frijoles de Nicaragua "el nica viene entre el saco", como dice don Guido Vargas. -Por cierto, que Nicaragua nos hace dudar muchísimo del prospecto de un mercado común centroamericano; algo parecido a la visa americana, que nos impide ir allá de negocios-.

Como el mercado depende del consumo, y este del empleo y la remuneración, pues el paradigma tendrá que preocuparse mucho de los efectos de la automatización y la redundancia. TEÓRICAMENTE podríamos llegar a tener una producción casi totalmente mecanizada, y el estado tendría que volver a intervenir para repartir el producto: **plus ça change...**

Las condiciones de respeto al ambiente como requisito comercial son totalmente fariseas, aunque todos los reclamos ambientalistas lo son, mientras no pongamos la responsabilidad del impacto ambiental donde corresponde: sobre los hombros del consumidor. Por eso nosotros proponemos un coeficiente o índice

de impacto ambiental personal o familiar. Que lo tenga que exhibir el que acusa, y el que propone regulaciones.

Pero lo que es total y absolutamente monopolístico es el **diktat** de protección a la propiedad intelectual. ¿H a visto usted los campos pagados que obligan a publicar a los "piratas" diciendo mentiras? La calidad de una imitación no es necesariamente peor que la del producto patentado. Los ingleses, franceses y holandeses tuvieron que hacerse piratas por el tratado de Tordesillas. La patente limita la oferta para subir el precio; va contra la libertad del mercado. Curiosamente, sólo Paul Samuelson, un americano, ha publicado aquí algo sobre este peligro. Nosotros seguimos desinhibidamente la línea de las grandes corporaciones.

Tampoco es muy probable que una parte de la humanidad vaya a tener el conocimiento y la otra a ejecutar el trabajo sucio indefinidamente: el demonio de Maxwell no es posible ni en física. Podemos limpiar a Pittsburgh, y a Liverpool y pasar la producción del acero a Brasil, pero alguien tendrá siempre que minar el hierro y fundirlo, y ese también tiene un as en la jugada. Ese también puede decirle al dueño de la alta tecnología - no señor-, usted no me sube el precio del invento, o yo le subo el del acero; también se puede adueñar del invento, con lo que no se estaría portando más deshonestamente que el FBI, la CÍA, la Sureté, la KVD, o cualquiera de las otras dignas instituciones que ayudan mucho a proporcionar propiedad intelectual a las naciones ricas. Los acólitos snobs de la alta tecnología llegan a creer que la realidad virtual puede sustituir a la real, y hasta llenarnos la barriga.

Estamos hablando del peligro de erigir altares en cualquier piedra y convertir este paradigma del mercado en una religión, como hicieron con su propuesta simplona los comunistas; como siguen tratando patéticamente de hacer. Hemos visto su propuesta agraria y es un zambrote de lucha de clases, reforma agraria, estatismo, ambientalismo, feminismo, etc., que uno podía llamar con propiedad neocomunismo.

La mención de la CÍA y el FBI, y la de hincarse delante de cualquier piedra, nos trae a la mente otra relación que puede ser pertinente: la de la DEA tratando de combatir el sustituto de Dios cuando los jóvenes se quedan sin otro valor que no sea el de comprar más y más. Pero esto no es de ninguna

manera el endoso de un paradigma improductivo, incapaz de crear empleo, y manejado con un concepto populista demagógico de pan y circo, donde Robin Hood se queda siempre con las mejores tajadas. ¿Será posible que los muertos de Pinochet fueran más valiosos o más numerosos que los de Fidel? O ¿Estamos ante un caso descarado de doble estándar? Sobre los resultados de todo ese sufrimiento, no cabe equivocarse.

Claro que no todos los excesos creyenceros vienen de la superstición. Algunos vienen del interés o del prejuicio.

El presidente del Banco Central dice correctamente que la venta de empresas estatales no depende de que dejen pérdidas; depende de que estas empresas pueden ser más eficientes en manos privadas, para beneficio del consumidor. Dice correctamente que es mejor usar una tercera parte del presupuesto para hacer caminos y hospitales que para pagar intereses. No creemos que tenga razón cuando alega que antes era más conveniente que esas empresas fueran estatales, y ahora es mejor que sean privadas, pues cuando creamos esas empresas había en el mundo capital de inversión de sobra para hacerlas. Las hicimos nacionales por ideología; y las tendremos que privatizar también por ideología; aunque es cierto que son más eficientes en manos privadas, pues a los dueños no les conviene su mal manejo por ningún motivo. Tampoco creemos que una sociedad tiene la opción de cambiar a su propio paso, porque es mejor estar en el teatro cuando empieza la función y no quedarse afuera. Lo que pasa es que una sociedad puede no querer cambiar porque ya se cree perfecta, pero esa es precisamente la sociedad más necesitada del cambio, de la apertura. No todos los que tienen privilegios ignoran que el cambio es inevitable, pero se aferran a su situación, aunque sea solo por otros cuatro años. Y predomina el empeño en cerrarla más, como habeas data encima de las leyes mordaza, y la amenaza constante del juicio por difamación, que no permite denunciar nada; sin que dejemos de reconocer el peligro del Big Brother con todos nuestros pecadillos, y otros más, en su banco de datos.

Y por supuesto no es verdad que el proceso de reforma se haya implementado con éxito en las empresas con la desarancelización, "dando a los empresarios algunas ayudas". Mientras el arancel de

los bienes industriales se cambie por un enorme impuesto de consumo, no se contribuye en nada al libre comercio ni se beneficia a los consumidores. Los exportadores agrícolas no tradicionales no se perjudican en nada con la desarancelización porque lo que producen sólo se mueve hacia afuera. La importación de alimentos no tiene arancel fijo; a veces es cero, y a veces se prohíbe su exportación para no causar desabasto. Los precios de los alimentos se siguen fijando. Y el elemento humano que necesitan los "micro" que no tienen contrato de exportación ni CAT, es, según sospecho, un sustituto. Como decía un indio aymara "dicen que no servimos para nada, y que nos tienen que cambiar la cabeza". El nuevo paradigma no tiene lugar para el agricultor campesino porque la producción agraria la van a dirigir desde el satélite. Hasta la semilla van a aventar desde allá arriba. Según esta pretensión de ciencia ficción, el agricultor del futuro estará digitando una computadora y sólo tendrá que regatear con Microsoft para que le baje el costo del programa.

Cuando un experto de CINDE alega que los aranceles son subsidios e insiste en que no se justifica ningún subsidio porque los pobres pagan el sobreprecio, él mete todo en el mismo canasto. Los agricultores campesinos no tienen ningún subsidio excepto el arancel que el experto llama subsidio. Ese arancel, como hemos dicho, no es fijo, y a veces se elimina totalmente -lo que el experto no dice-. Tampoco dice el experto que los alimentos que se importan de los países industriales tienen en promedio un 50% de subsidio contra el cual él no está: eso es una "ventaja comparativa" de los gringos. Ni dice el experto que en Costa Rica se prohíbe exportar alimentos para no causar desabasto. Y siendo economista, no puede ver el experto que "los pobres" no se van a beneficiar cuando se acojan al bono alimentario los tres cuartos de millón de personas de la agricultura campesina que aún quedan. Ni dice el experto que es absurdo esperar que los países industriales vayan a acelerar el desempleo de su población rural más allá del retiro normal por la edad, y que ese es el mismo ritmo que nosotros tenemos que seguir para no agravar nuestro desempleo, que es peor que en Europa. Ni señala que la estructura actual nos hace incompetivos. Y como el argumento también incluye la posibilidad de importar productos de Bangla Desh, entonces hace falta

honradez cuando un profesional debidamente colegiado nos critica porque buscamos protección contra la importación ruinosa, pero no se le ocurre proponer que también podemos traer profesionales de Bangla Desh, donde son muy baratos, y tan buenos que seguramente no nos harán aquí estos análisis patituertos, pues si hay algo que no tiene justificación es hacer una salsa para el ganso y otra para la gansa.

Un problema grave es que el cambio de sombrero nos haga cambiar de discurso, o como decía un señor diputado respecto a la comparecencia de ministros para propuestas de reforma, "los jerarcas se hacen defensores del statu quo". Si un ministro "neoliberal" alega que en Chile la producción se integró al mercado global con tarifas del 11%, debe decir también que en Chile sí se hizo una reforma estatal simultánea, y aquí no. Si dice que la desarancelización se hace para integrarnos al mercado global, debe decir también que la derrotamos con altísimos impuestos de consumo para los bienes industriales. Y debe decir que esa desarancelización solo la sufre la agricultura productora de alimentos, porque eso no paga impuestos de consumo. Y debe decir que esos alimentos importados están fuertemente subsidiados en su país de origen, o son producidos donde no existe la seguridad social. Y debe decir que las tarifas aduanales agrícolas no existen, puesto que el gobierno permite su libre importación cuando quiere, como pasa a cada rato con la cebolla, la papa, los frijoles, y el arroz.

La honestidad es indispensable para la colaboración que el cambio requiere; también la llaman *transparencia*.

Para trasplantar aquí la irreverencia del poeta español, tendríamos que poner la ironía en los dos primeros términos: vivimos en una democracia, y en un régimen de derecho, y por eso mismo no hemos podido entrar en el mercado. Ahí es donde se necesita más la reforma, que no consiste en poner leyes, sino en quitarlas. Esto no lo puede hacer un **enfant terrible** solito. Lo puede hacer un "joven turco", pero sólo después de una hecatombe. Y lo pueden hacer dos partidos políticos inteligentes, como en Nueva Zelanda: los socialistas colaboraron con los conservadores para no quedarse sin plataforma, y continuaron ellos la reforma cuando ganaron las siguientes elecciones "robándose el show".

Démonos por satisfechos de que el mercado sí produce riqueza; de que sus defensores lo han adoptado como un dios igual que hicieron con el estado los socialistas; de que tiene contradicciones que lo pueden desvirtuar; de que hay fariseísmo en muchos que recetan a los demás la exposición a sus leyes, mientras ellos están protegidos; y de que el propósito del mercado es fomentar el crecimiento y el consumo.

La alternativa al crecimiento del PIB es el índice de desarrollo humano; como un premio de consolación. Pero es verdad que la felicidad no está necesariamente ligada con el consumo; y todos hemos oído la historia de la camisa del hombre feliz que habría de curar el spleen del rey: cuando al fin encontraron un hombre feliz... no tenía camisa. Claro que se han de haber encontrado muchísimos infelices que tampoco tenían camisa.

Pero hablemos un poco de los límites. ¿Cuánto crecimiento nos satisface? Y a hemos visto que menos de 2% es recesión. Catorce por ciento sería formidable, pero seamos razonables y contentémonos con el 4%. Eso nos haría crecer un 15% en 5 años; un 50% en 10 años, y al doble en 20 años. Como vemos, una proposición imposible.

Paradójicamente, son los ambientalistas, -tan propensos a la mala ciencia, tan dados a seleccionar su evidencia- quienes nos dicen que sí se puede hacer. Todavía más, podemos MEJORAR el ambiente al mismo tiempo que crecemos, según nos dicen quienes han hecho las conferencias ambientalistas de Estocolmo y Río. Es cuestión de aplicar un método de producción adecuado que nos da la *sinergia*.

Don Stephan Schimidtheiny que lo explicó en Río, es un millonario industrial suizo y don Maurice Strong que organizó los eventos, es un millonario petrolero canadiense. Estaríamos más confiados en la honradez de la causa si sus apóstoles no fueran millonarios industriales. Entiendo que en lo de Río se tumbó un bosque para sacar la enorme cantidad de papeles de la Agenda 21, donde se proponía que los países industriales moderaran su consumo y pagaran una compensación ambiental a los subdesarrollados: otra proposición imposible.

El concepto de sinergia es una transposición del fenómeno químico de dos sustancias, cuyo efecto mezcladas es mayor que la suma de sus efectos independientes. Existe también el fenómeno de

antagonismo, donde el efecto disminuye. Yo veo que la transposición de este último era más adecuada para explicar el efecto de la actividad humana sobre el ambiente, y solo puedo atribuir la selección del anterior a lo que en inglés se llama **wishful thinking**: pensar que las cosas van a salir como uno las quiere.

Es más probablemente correcto atribuir las fallas del paradigma del mercado a los checks and balances del ambiente; a la retroalimentación que corrige las anomalías en un sistema homeostático: la mano invisible, para ponerlo en términos clásicos; pues es precisamente la homeóstasis lo que Adam Smith intuye como reguladora de la economía; pero de aquella que está formada por muchos millares de agentes interactuando y no por la Compañía de las Indias Orientales.

Cuando aparecen plagas y enfermedades incontrolables, es la homeóstasis. Cuando nos matamos inmisericordemente en delincuencias y guerras, es la homeóstasis. Cuando alteramos el clima si fuera verdad que somos nosotros quienes lo alteramos-, es la homeóstasis. Cuando la basura nos ahoga y nos envenenamos, es la homeóstasis. Cuando cada vez se vuelvan más escasas y caras las fuentes de energía, es la homeóstasis.

Y si yo puedo sustituir la sinergia con la homeóstasis, podría decir que cuando el paradigma del mercado agota los recursos, o provoca más cisma norte-sur, y crea conflicto social porque no produce goteo: puede ser la homeóstasis operando para controlar la plaga y restablecer el equilibrio natural.

Pero hay que admitir que, si no me meto al baño, no me puede caer ningún goteo, y no se deben atribuir a un paradigma que no se ha implementado aún, los males que pueden ser consecuencia del paradigma anterior.

El lector reconocerá seguramente el título de este ensayo. Es una de las majaderías fundamentalistas de Conejo, el personaje de Winnie Pooh, quien pretende guiar a la expedición con apego dogmático a un mapa charlatán hecho por Búho, -quien no fue con ellos-, hasta que bota el mapa convencido de que no sabe dónde están.

En la oficina del diputado Guido Vargas Artavia de PALA, pensaron que sería buena idea que nuestro pensamiento apareciera en una revista que se dedica a asuntos parlamentarios, y me pidieron este ensayo. Pero no se logró. La revista lo rechazó ad portas, alegando que "no es sobre un asunto coyuntural legislativo"; "no sugiere ninguna solución al dilema que comenta", "está en un lenguaje muy directo", y "no cita sus referencias".

Dijeron que lo someterían a la Comisión de Editores si se le corrigen esos defectos, lo que equivale, por supuesto, a destruirlo.

Sobre la coyunturalidad del tema debemos atenemos al juicio de los lectores si se puede superar la censura, pero prometo hacer un intento para subsanar la segunda deficiencia: se lo preguntaré a Conejo cuando lo vea. Y como ya el lector vio por la llamada, estoy en camino de subsanar en algo la última. Pero ponerlo en un lenguaje "palanganoso" sí está mucho más allá de mis posibilidades.

1. Conejo. Winnie Pooh. Su gran aventura. Walt Disney video. Copia no pirateada.